

AC 12 23

Mayores de 25 años, fundamentos de filosofía, guión número 21, el iluminismo en San Agustín. El iluminismo en San Agustín. A caballo entre el siglo IV y el V de nuestra era, aparece en la historia de la filosofía lo que ha dado en llamarse iluminismo.

La fundamentación de tal posición ante el problema de Dios, la verdad y el alma, se da principalmente con San Agustín. La patrística anterior a San Agustín, había adoptado posiciones claras ante diversos problemas filosóficos. Como sabemos, la patrística usó de la filosofía con el fin de que ésta sirviera a la fe.

La nueva concepción del mundo que trajo el cristianismo, con el concepto de creación y una nueva visión del hombre, hubo de entrar lógicamente en contradicción con el estado de desarrollo de la ciencia humana y muy especialmente con la filosofía anterior al cristianismo o exterior a él, es decir, con la filosofía pagana. La patrística creció en lucha contra el neoplatonismo y la ciencia humana del imperio. La concepción imperante en la filosofía antigua, que hacía de la naturaleza el principio, choca con el concepto de creación, pues con la aparición de este concepto, el mundo ya no puede explicarse como autosuficiente.

Con la introducción del concepto de creación, se divide el ser forzosamente en dos clases diferentes. El ser necesario, es decir, Dios, que es el ser increado, y el ser contingente, esto es, las criaturas. Ni la patrística en su conjunto, ni tampoco San Agustín, parten de considerar separadamente la fe y la razón.

Tal separación la encontramos posteriormente a lo largo de la Edad Media. La fe precede, para la patrística, a la razón y prepara el camino del conocimiento. El conocimiento racional no puede sino apropiarse de las verdades que están ya establecidas por la fe.

Por ello, cuando San Agustín habla de la verdad, no tiene esa palabra el mismo significado que se le va a dar posteriormente en la historia de la filosofía. Al hablar de la verdad, está hablando de una verdad eterna y necesaria. En este sentido, puede considerarse que la concepción agustiniana de la verdad, no es original con respecto a la patrística anterior a él, sino que tiene sus raíces en ella.

El pensamiento de San Agustín aparece en la historia de la filosofía, cuando ya la filosofía cristiana ha tenido un largo desarrollo. El verdadero avance del pensamiento de San Agustín consiste en preguntarse rigurosamente por el problema de la verdad de la existencia o no, de la verdad absoluta y cuál es su fundamento. Es innegable la influencia que pudo ejercer en este aspecto su conversión del maniqueísmo al cristianismo, que le hizo preguntarse sobre la posibilidad de encontrar la verdad.

Pero, sean cuáles fueran las circunstancias que impulsaron al filósofo, lo que verdaderamente nos interesa estudiar es qué significa la verdad absoluta para San Agustín. Todo el sistema agustiniano parte de una pregunta básica. ¿Qué es la verdad? ¿Puede el hombre llegar a la

verdad? Esta pregunta radical exige, como método filosófico, replantearse los conocimientos adquiridos, dudar de ellos, pues es necesario, como punto de partida, determinar si son fiables y hasta qué punto.

Al plantearse el problema de la relación entre verdad y conocimiento, usa San Agustín un método que suele identificarse con el de la duda de Descartes. En efecto, San Agustín considera posible y necesario dudar del contenido de la conciencia. Con esto no debe entenderse que pone en duda las verdades eternas.

Lo que pone en duda es la capacidad de la mente humana para comprenderlas. Lo que pone en duda es la fiabilidad del contenido de la razón. Aquí precisamente radica lo que podríamos llamar la modernidad del pensamiento agustiniano, la preocupación por el problema del conocimiento.

El punto de partida de San Agustín son los datos de la propia conciencia, exactamente igual que Descartes muchos siglos más tarde. Es en el interior de su propia conciencia donde San Agustín establece la primera certeza. Puedo dudar de todas las verdades que mi razón me presenta como tales, pero no puedo dudar de que dudo.

Con este razonamiento establece las verdades de conciencia. Es importante observar la gran ruptura que significa tal cosa respecto al pensamiento de Aristóteles. La certeza no está en la concordancia entre la mente y el objeto, sino que está dentro del propio sujeto.

Resulta además evidente la relación de este planteamiento con todas las teorías filosóficas de corte idealista posteriores a él. Tal cosa no se debe a la casualidad, ni siquiera tan solo al influjo indudable de San Agustín en la filosofía occidental, sino sobre todo a que el tema de la relación sujeto-objeto es omnipresente en la filosofía, especialmente a partir del momento en que ésta rompe con la concepción de la naturaleza como principio propia del mundo antiguo. Los problemas de la filosofía agustiniana que hemos tratado hasta aquí nos aclaran una de sus características fundamentales, el uso del método introspectivo.

Su propia concepción filosófica le lleva a dar especial importancia a la interioridad del hombre. En su obra sobre la verdadera religión nos dice, no busques fuera, vuélvete hacia ti mismo. En el interior del hombre habita la verdad y si hallas que también es mudable tu propia naturaleza, trasciéndete a ti mismo.

Hasta ahora sabemos que la primera certeza se encuentra para San Agustín en el interior del hombre y no en ninguna cosa exterior a él. Este presupuesto nos introduce inmediatamente en otro problema. Es el problema de determinar dónde se origina el conocimiento, de dónde proviene.

No es ésta una pregunta de poca importancia filosófica, pues recorre toda la historia de la filosofía. Ante este problema han existido muy diversas soluciones, ya no son conocidas las de Platón y Aristóteles. El problema que se debate es el siguiente, si el conocimiento se origina o

no en los sentidos, cómo se elabora y especialmente de dónde provienen las ideas universales.

Las respuestas dadas varían desde el más exacerbado idealismo que sitúa la realidad en la conciencia y vea aquella como emanación de la idea, hasta el idealismo empírico que afirma que sólo es posible obtener imágenes pero no abstraer conocimientos a partir de ellas. San Agustín responde a tan interesante problema afirmando que existen verdades absolutas como las de las matemáticas y conocimientos que provienen de los sentidos. Esta separación presupone ya un determinado concepto de la verdad según el cual la verdad debe ser eterna y necesaria como lo son las verdades lógica y matemática.

Para San Agustín la verdad es pues algo sustancialmente diferente de los conocimientos adquiridos por los sentidos. Reconoce que se dan conocimientos que provienen de los sentidos pero la verdad es independiente de ellos. Podemos deducir pues que la verdad eterna y necesaria puede ser conocida a priori de la experiencia.

Los conocimientos adquiridos por la experiencia no pasan para Agustín de ser circunstanciales referentes a éste o a aquel cuerpo de manera que no es posible saber si lo que ahora perciben los sentidos será igual en un futuro. Es decir, niega que la mente abstraiga los conocimientos única y principalmente a partir de los sentidos. Con ello se adelanta a algunas formulaciones del idealismo de la edad moderna sobre el alcance y valor de la experiencia.

El mundo de las cosas es mudable para San Agustín, por ello la verdad no puede provenir de él. Además incluso para captar la experiencia sensible el alma humana debe poner algo de su propia sustancia. A este respecto afirma que el material de las sensaciones sólo es conocido en tanto que la mente humana le impone su propia normatividad interna y que ello sólo puede hacerlo en virtud de una participación del espíritu en la luz de la verdad que ni ha sido creada ni es perecedera.

Por tanto el hombre por sí mismo no tiene potencia lógica o mejor la tiene sólo en tanto que participa de la verdad absoluta. Es por tanto evidente que para ver más a fondo la teoría del conocimiento y la ontología que sostiene San Agustín debemos seguirle en el camino de profundizar la exacta relación que existe entre la mente humana y esa verdad absoluta. Pero antes de pasar a ello queremos advertir la evidente influencia platónica y neoplatónica que se refleja en la doctrina filosófica que hasta ahora hemos expuesto.

El conocimiento de la verdad sólo es posible a través de la relación entre el alma y la idea. Idea que es previa al conocimiento existe objetivamente y es eterna. El mundo que conocen los sentidos no es la realidad sino un reflejo de ésta.

Como Platón tampoco San Agustín considera inútil la experiencia sensible pero la verdad eterna y necesaria no reside en ella. Hablábamos hace poco de la afirmación agustiniana de que la primera certeza está en el espíritu del hombre. No quiere decir con ello que la verdad resida en el espíritu humano sino que éste la encuentra y le es posible encontrarla en tanto que participa de la verdad absoluta lo cual es posible gracias a la naturaleza de su alma.

En sobre la trinidad él mismo nos dice así pues no sólo la razón veraz sino también la autoridad del mismo apóstol ponen de manifiesto que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios no según el cuerpo sino según la mente racional. Al estar hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios puede participar de la verdad absoluta. Aquí introduce Agustín una importante diferencia con Platón no cree en las ideas innatas ni es para él necesario que las haya pues el espíritu humano permanece permanentemente adherido a un principio superior a él que le comunica la verdad.

Según sus propias palabras todo lo que el entendimiento humano encuentra que es verdadero no se lo debe a sí mismo. El alma humana en virtud de su propia naturaleza participa de las ideas eternas. El influjo de Dios en el que estos arquetipos se contienen es directo y continuo sobre la mente humana.

Ello hace posible el acceso a la verdad absoluta. Ahora podemos ya examinar con fundamento la teoría de la iluminación en San Agustín. Como hemos visto Dios irradia su luz sobre el espíritu humano no solamente en forma de revelación sino en cada momento a través de la propia naturaleza espiritual del alma.

No le será difícil a nuestros alumnos poner en contacto esta teoría con la de la reminiscencia platónica. Así pues para San Agustín la verdad es lo que es pero para él esto significa que la verdad la encuentra el hombre en tanto que participa de los modelos de la mente de Dios. Es un concepto de la verdad bien distinto del que habitualmente usamos en nuestros días.

La enorme influencia de Aristóteles y Santo Tomás en el pensamiento filosófico occidental han contribuido a formar el concepto de verdad más extendido entre nosotros según el cual la verdad es una cualidad del juicio es la conformidad de nuestro juicio con la realidad externa a la mente. Esta concepción se opone a la de San Agustín. Presentando esta contradicción pretendemos introducir a nuestros alumnos en la complejísima problemática de la verdad y el conocimiento hecho del que sacaremos algunas conclusiones a continuación.

La primera de las conclusiones anunciadas es que la gran división que la filosofía de la edad antigua entre Platón y Aristóteles atraviesa toda la historia del pensamiento filosófico humano. ¿Dónde reside la verdad? ¿Cómo se explica que las cosas sean múltiples y cambiantes y que a la vez la mente humana sea capaz de abstracciones que le permitan acceder a la esencia común de las cosas múltiples? El tema está planteado desde la edad antigua. Sigue con San Agustín.

Se replantea al modo aristotélico con Santo Tomás. Atraviesa toda la edad media, presente en la polémica sobre los universales. Al llegar a la edad moderna, éste deja de ser un problema importante más para convertirse en el tema central de diversas escuelas filosóficas.

El racionalismo de Descartes y Spinoza, el empirismo inglés, Kant con las categorías a priori, Hegel considerando la realidad como emanación de la idea. Pero no se nos interprete mal. Con todo ello no queremos decir que éste sea el único tema o el principal de todas las escuelas filosóficas, sino solamente que es un tema que por su propia naturaleza surge del estudio del

ser y se presenta ligado a él.

Lo que sí hemos querido hacer notar, cogiendo como ejemplo un gran problema filosófico, es que si éste se halla, como decíamos, omnipresente en la historia del pensamiento filosófico, ello se debe a que se trata de buscar respuesta a un problema real. El gran problema de cómo el hombre puede conocer el mundo y cómo puede asegurarse de la certeza de su conocimiento. Consideramos esencial en un curso de iniciación a la filosofía comprender esta idea básica que los filósofos no son hombres elucubrantes que se plantean arduos e inexplicables problemas, sino que buscan respuestas a problemas reales, sin la solución de los cuales no es posible el desarrollo humano.